

Otras maneras de hablar de literatura

SERGIO VILA-SANJUÁN

La estancia de Herman Melville en 1852 en la isla de Nantucket, invitado por su suegro, le familiarizó con las historias de navegantes y balleneros que poblaban la región. De esta experiencia salió *Moby Dick*. Pero también surgió al menos la idea de otra historia, *Los cazadores de tortugas*, por la que el autor cobró un anticipo de 300 dólares de la editorial Harper&Brothers. Melville, sin embargo, se retrasó, la sede de la editorial se incendió y el libro nunca fue publicado. Se ha especulado con que el manuscrito formaba parte de un montón de hojas usadas que Melville vendió a diez céntimos la libra para sacárselas de encima. Y de *Los cazadores de tortugas* nunca más se supo. Esta es una de las historias que aparecen en *La Biblioteca de los Libros Perdidos* (Edhasa) espacio imaginario que acoge aquellas obras “que fueron destruidas por azar o accidente, en arrebatos de ira o delirio, o bien con total sangre fría, por autores, editores, herederos, abogados, curas, pedagogos, tiranos, soldados, censores y lectores; de aquellas que sucumbieron a calamidades naturales, fueron escondidas en lugares secretos o escritas en lenguas incomprensibles y letras indescifrables, de suerte que nadie puede leerlas.” Las ha recogido el biógrafo, traductor y rastreador de anécdotas literarias, Alexander Pechmann.

John Sutherland, reputado profesor y crítico británico, autor de una serie sobre los superventas ingleses para la BBC, nos ofrece *Cincuenta cosas que hay que saber sobre literatura* (Ariel). Su gracia es que, junto a textos sobre el plagio, la ironía o el e-book, ha sabido incorporar, con el tono agudo y didáctico que le caracteriza, nociones básicas de la retórica literaria reciente. Si le interesa

saber qué es –o, digamos, refrescar conocimientos sobre– la metaficción, la sensación de realidad o el extrañamiento narrativo, Sutherland es su hombre.

Henry Hitchins ofrece *Saber de libros sin leer* (Planeta), desde la convicción de que el famoso título de Bayard *Cómo hablar de*

pronunciarse sobre ellas sin pelos en la lengua. Muy recomendable.

De cómo cambian los manuales es un ejemplo *99 libros para ser más culto*, (Martínez Roca). Juan Ignacio Alonso y Fran Zabaleta nos proponen un repaso divulgativo de del canon universal, desde el *Mahabharata* a *Cien años de*

200 errores clásicos y cómo evitarlos, de Howard Mittelmark y Sandra Newman (Seix Barral), lleno de consejos útiles sobre qué es lo que no puede decir el hombre que acaba de volver de una expedición de tres meses en el Ártico, qué ocurre cuando un autor ha leído demasiado a Bukowski o porqué en literatura no se puede ser condescendiente.

Más subjetiva y líricamente, Giulia Alberico recorre en *Los libros son tímidos* (Periférica), sus lecturas de formación, en un pueblecito italiano durante los años cincuenta. El profesor marroquí Abdelfattah Kilito plantea en *La curiosidad prohibida* (Turner) un abordaje, a medio camino entre la autobiografía y la novela de campus, de *Las mil y una noches*. Y en la estela de Calvino, Laura Borràs se pregunta *Per què llegir els clàssics avui* (Ara Llibres), y nos anima a hacerlo.

Hace cerca de diez años que Javier Aparicio me explicó por primera vez que trabajaba en una obra sobre los mecanismos internos de la literatura contemporánea. Y hace unas semanas asistí a su presentación en el Macba, en diálogo con Eduardo Mendoza y Antonio Iturbe, de *El desguace de la tradición. En el taller de la narrativa del siglo XX* (Cátedra). Lejos del tono ligero de los de Hitchins o Sutherland arriba comentados, es un trabajo de gran tonelaje que hay que leer poco a poco, tan atento a la narrativa trascendente de Faulkner y Virginia Woolf como al *grand style* posmoderno que va de Nabokov a Foster Wallace, rebotante de citas e ilustraciones y con casi 500 páginas de antología literaria. Lo comenté extensamente Antonio Lozano en estas páginas, yo solo añadiré que me parece una aportación de referencia al ensayismo español de nuestros días. |



los libros que no se ha leído (Anagrama) no cubre en realidad sus objetivos. Hitchins sí se ciñe al suyo respondiendo a preguntas que dan una engañosa sensación de banalidad como “¿Invitarías a Jane Austen si organizaras una cena? ¿Realmente te gustaría unirte al club de Dante? ¿De qué va la Biblia?” Como Sutherland, tiene ese tono distintivamente inglés de conocimiento y wit, y capacidad admirable de reducir a cuestiones claras problemas abstrusos y de

soledad. Lo novedoso es que junto a la biografía del autor, sinopsis de la obra y claves de lectura, incluye un apartado de curiosidades y anécdotas (Boccaccio estuvo prohibido en España entre 1559 y el siglo XIX, Dostoievski nació en un manicomio, etcétera) y redirige al lector hacia otros libros con los que guardan parentesco.

Aunque lleva ya un año en librerías no puedo resistir la tentación de recomendar el divertido *Cómo no escribir una novela*.

Passa l'estiu en bona companyia

